

Los límites de la sociedad de la información

César Rendueles

En las tres últimas décadas la tecnología de la comunicación ha ido adquiriendo un papel medular en la forma en que nuestras sociedades se ven a sí mismas. Los ordenadores desempeñan un papel importante en nuestra autocomprensión de cómo somos y de cómo podemos, queremos y debemos llegar a ser. En general, uno de los puntos de consenso fundamentales en esta evaluación tan dulce de los efectos de las tecnologías digitales es que suponen una ruptura, una discontinuidad en nuestras vidas. Cuestionaré ese discurso rupturista descomponiéndolo en cuatro discontinuidades relacionadas.

Discontinuidad generacional

Se ha generalizado la tesis de que las TIC han iniciado una discontinuidad histórica expresada en términos generacionales. Es la famosa tesis de Prensky de los “nativos digitales”. La idea es, más o menos, que los jóvenes socializados en la cultura digital se hallan inmersos en un caldo cultural muy diferente del que socializo a los “inmigrantes digitales” de generaciones anteriores y tienen habilidades, formas de relacionarse e inquietudes fundamentalmente diferentes. Sin embargo, se ha demostrado que es una tesis muy limitada empíricamente si no directamente falsa.

Discontinuidad subjetiva

Se ha popularizado la idea de que el sujeto, el yo, digital es sustancialmente distinto al analógico en la medida en que se caracteriza por una subjetividad fluida y fragmentaria. Es una tesis que a menudo se describe en términos muy técnicos y futuristas, pero que tiene una congruencia fundamental con los fundamentos de buena parte de la economía ortodoxa, que tiende a considerar al individuo en términos de un sistema de preferencia de creación propia que especifica las cosas que le gustan. Pero, entonces, por comparación con estos electores racionales definidos como un conjunto de preferencias coherentes que cumplen ciertas propiedades matemáticas, los individuos empíricos necesariamente tenemos que ser entendidos como seres fluidos y fragmentarios. Precisamente el modelo de identidad personal que domina en Internet resulta tan atractivo porque nos permite relacionarnos con la tecnología y a través de ella, con los demás, como nos relacionamos con el consumo, con el mercado.

Discontinuidad social

Una tercera ruptura comúnmente aceptada tiene que ver con la interacción social. Hemos aceptado que las relaciones sociales contemporáneas son en buena medida reticulares gracias a la acción de las TIC. Esto supondría una ruptura respecto a un esquema sociológico tradicional que diferencia entre grupos primarios, cálidos y finalistas, y secundarios, fríos e instrumentales. En Facebook o en un foro se rompería este esquema, pues tengo relaciones cálidas e íntimas, en las que muestro aspectos de mi vida que ni mis familiares conocen, pero también son difusas y con personas

sustituibles. La cuestión es que la diferencia sociológica tradicional entre grupos primarios y secundarios era poco realista, en buena medida es una construcción de la ideología del mercado que nos impulsan a creer que el mundo social ampliado es un conjunto de relaciones frías y hostiles mientras la calidez comunitaria queda limitada a nuestros hogares.

Discontinuidad política

Para muchísima gente, las tecnologías de la comunicación suponen también un hiato político positivo. Ofrecen una oportunidad de repolitización de nuestras sociedades a través de una reformulación de las condiciones originales de la sociedad civil. Los partidarios de la ciberpolítica no plantean sencillamente que Internet sea una imprenta o un teléfono mejorados sino que las TIC inducen una *realidad política aumentada* que transforma y amplía la sociedad civil tradicional. Pero, en primer lugar, es cuestionable que la revolución tecnológica en el ámbito político no ha tenido lugar: la hegemonía política de nuestro país se sigue dirimiendo en un espacio mediático muy tradicional. En segundo lugar, no está claro que los efectos políticos de las tecnologías sean tan positivos. Sin ir más lejos, la neutralidad de la red convive con una concentración de poder sin precedentes.

Conclusión

La moraleja de la crítica de estas cuatro discontinuidades es que la fe en la tecnología de la comunicación como motor de cambio histórico es ingenua pero no inocente, guarda una congruencia fundamental con los procesos de mercantilización contemporáneos. Nuestro ciberfetichismo contemporáneo es un subproducto de la desconfianza en la democracia como motor del cambio histórico. La wikidemocracia, la extensión del modelo de sujeto fluido y fragmentario al ámbito político, introduce protocolos técnicos que sustituyen la deliberación y la unanimidad por mecanismos de coordinación espontáneos. Ni siquiera tenemos que ser unánimes con nosotros mismos, podemos ser perfectamente fragmentarios e incoherentes en la red, podemos comportarnos como consumidores de nuestra propia subjetividad, de distintas opciones políticas.